

LOS OLVIDADOS



A. F.
Gomez
Rodriguez.

1850-77

LOS OLVIDADOS



Los Ovidios

A. F.
Gómez
Rodríguez.

1- del Abuelo de los bosques.

El abuelo de los bosques
anduvo cincuenta años entre los árboles.
Voz de pájaro era la suya entre las ceibas,
guayamate su piel
en las tardes largas de Macanao

Cincuenta años anduvo entre los árboles
buscándose a sí mismo,
buscando al hombre.
Regresó a la casa fantasmal;
la palabra era su única presencia.

A todos nos habló del nacimiento del agua,
de los líquenes,
de las piedras de los bosques,
y de la sombra del hombre
que se alarga
y se dobla,
se vuelve habitada
y deja de ser sombra.
Todo ésto lo vió en cincuenta años
que anduvo entre los árboles
y lo dijo a cada uno de nosotros.

¡Qué olvido el nuestro
que renuncia a su sombra!

2.- Del Abuelo Navegante.

Era el abuelo navegante
y buscador de perlas.

Arriba, sobre el agua se le partió la piel
y de los ojos le quedaron dos líneas
para mirar,
para descubrir islas y gaviotas solitarias.

Para llorar le quedó todo lo de adentro
¡De qué vale una lágrima
entre tanta agua de mar!

Era el abuelo navegante
y buscador de perlas
En los espejismos de las nubes
adivinaba los misterios de la casa,
por eso se escuchaba su voz
y se veían las líneas de sus ojos
mirándolo todo.

Los guanaguanares del patio se asustaban
como si hubiera tempestad,
entonces se sabía que estaba allí.

Bajo el agua el abuelo navegante
y buscador de perlas
se le agrandaban los ojos;
presentía los vientos abrasadores
que soplarían sobre la Isla.

El abuelo navegante
y buscador de perlas
ancló el barco frente al puerto
y ninguno de nosotros supo navegarlo.

¡Qué olvido el nuestro,
se nos perdieron los rumbos en la memoria!

3.-)el Padre.

Padre camina
entre los ventorrillos del puerto.

Padre todavía piensa en hacer revoluciones,
por eso anda por el puerto
en busca de los conjurados,
por eso espera sus barcos de hierro
que nunca regresaron.

Padre presintió la Isla extraña,
extraño el rostro,
extrañas las ciudades grises.
¡Dios mío -dice padre-
y tener que vivir para ver esto!
Hay que buscar a los conjurados,
desenterrar las armas
y cantar nuestros himnos.

Padre camina
entre los ventorrillos del puerto
reclutando sus tropas.

El hombre vendrá,
estará aquí con nosotros
antes que la última gaviota escape
de este puerto ya cadáver -dice padre-;
en las mañanas febriles
llenas de mercaderes.

La gente ríe.
él las deja reír.

Algún día hará una revolución,
eso está escrito.

¡Qué olvido el nuestro,
no escuchamos la palabra
que nos llama a combatir!

4. De la Madre.

Madre mira a padre
preparándose para combatir
y calla.

Madre miró al abuelo navegante
disponiéndose para los viajes
y calló.

El silencio de madre no es de palabras
Es un silencio del fondo de las retinas
que se niega a ver tanto barco roto
tanta ciudad conquistada
Madre calla.

Madre recorre el patio de trinitarias
y no oye el canto de los pájaros
¿Dónde están los pájaros?
Nadie sabe responderle.

Los pájaros hace años se fueron
Nuestra memoria no recuerda,
ni siquiera sabemos si alguna vez hubo pájaros.

Madre nos mira
y calla.
¡Qué olvido el nuestro,
que nada sabemos de su silencio.!

5.- De los hijos.

Miro a los hijos.
Nada les puedo entregar
si ya no tengo Isla.

No puedo entregarles mi tristeza;
ellos nacieron alegres
y ríen
y me miran esperando mi risa.

Vuelvo el rostro hacia los escombros,
me azotan vientos de tormenta,
vengo de un naufragio.
Soy un extraño que teme levantar la voz,
ya ni canto
Soy un temor creciente en la ciudad.

Ya no son los tiempos
de cantar frente al mar.
Los días son todos tardes;
en los ojos me crece una niebla
que me oculta los faros de la costa.

Miro a los hijos
y me aturdo.
Dejen que la tristeza sea toda mía
que me entre por los poros
que me invada los huesos.

A reír hijos,
a reír
para yo saberlos alegres
¡Qué olvido el nuestro,
que no recuerda la risa!

6. De los hermanos.

Hay maderos a la deriva
en las aguas del puerto.

Padre todavía camina
y el abuelo de los bosques
es una sombra entre los árboles.

Ya no encuentro qué decir por las noches
cuando todos hablan apresuradamente
idiomas extraños.

Cuando todo se confunde
en la ciudad cosmopolita.

Se diluyen los soberbios barcos de la infancia
en el horizonte abierto de los sueños.

Voy a ser capitán -dije-,
mis hermanos rieron y dijeron:
norte franco capitán, norte franco,
y esperaron mi regreso.

Nunca partí.

No pasé más allá de donde los caracoles
anidan en las quillas rotas.

Mis hermanos me esperan todavía.
creyéndome en otras latitudes.

Somos ausentes.

No nos vemos y se rozan nuestras pieles,
se juntan nuestras palabras
y parecen palabras de otros,
de extraños en la misma casa.
Crece una hierba áspera sobre nosotros.

¡Qué olvido el nuestro
que no nos llamamos!

7. De los Amigos.

Había dunas y uveros
para esconderse
cuando el mediodía era un espejo.

En la última luz
éramos piratas desafiando a la noche.

Los amigos del puerto
no hemos regresado
a los lugares antes habitados.
La fosforescencia de la ciudad
se arrastra sobre las aguas,
agua multicolor vestida de gala,
agua ajena sin rumor conocido.

Los amigos del puerto
no nos conocemos

¡Qué olvido el nuestro,
que hemos perdido el rostro!

8. del Agua.

Durante cuatrocientos años
¡tanta agua
y tanta sed!

Agua de mar serena para descubrir caminos,
agua de mar embravecida, salvaje
desapareciendo islas y huesos

Agua de lluvia ausente
en las nubes blanquísimas.
Agua de lluvia ausente
como una maldición
en los cielos de aves marinas.

Agua de manantial misterioso
vivificando los bosques

Durante cuatrocientos años
¡tanta agua
y tanta sed!

Agua de mar contenida,
agua de mar prisionera
en estos días de asombro.

¡Qué olvido el nuestro,
con tanta sed perdida!

9.- De los Viajes.

Era la época de navegar
y de contrabandear por las Antillas
Piratas de ron y de tabaco
con barcos con nombres de mujeres.

Mar adentro era la Isla presente
en el mástil
en las jarcias
en el último pedazo del velamen
en el mismo corazón de la madera

Era la Isla flotante,
misteriosa en el canto marinero.

Era la Isla gaviota de mil viajes.
de regreso a la casa.

Regreso anunciado
en cualquier rincón de mar,
mar cómplice de sus aguas azules
y sus niños vigías
sabedores de cien caminos.

¡Qué olvido el nuestro,
que desconoce el camino de volver!

10.

¡Qué olvido el nuestro,
que tanto nos crece!

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Diciembre de 2022